



Mi adolescencia fue libre y gallarda. Volver a recordarla, hacer que se ilumine de nuevo en mi conciencia sería un esfuerzo inútil. Vuelvo a ver a la niña que era a los seis, a los diez años, pero como si la hubiera soñado. Un bonito sueño que la mínima referencia a la realidad presente puede hacer desvanecer. Una música, o mejor dicho: una armonía delicada y vibrante, y una luz que la envuelve, y una gran felicidad aún en el recuerdo.

Durante mucho tiempo, en el periodo más oscuro de mi vida, vi mi infancia como algo perfecto, como la verdadera felicidad. Ahora, con una mirada menos anhelante, también distingo en esos primeros años alguna sombra vaga, y siento que ya desde niña no debí de crearme nunca completamente feliz. No, desgraciada tampoco; libre y fuerte, sí, eso sí que debía de sentirlo. Era la hija mayor, ejercía sin miedo mi prepotencia sobre mis dos hermanas pequeñas y mi hermano; mi padre demostraba que me prefería y yo entendía su propósito de criarme como a la mejor. Estaba sana, era graciosa e inteligente —me decían—, y tenía juguetes, dulces, libros y un trozo de jardín para mí. Mamá no se oponía a mis deseos. Incluso mis amigas se sometían a mí de forma espontánea.

El amor incomparable por mi padre era lo único que me dominaba. Quería a mamá, pero por papá sentía una adoración ilimitada; y me daba cuenta de esta diferencia, sin atreverme a buscar las razones. Era él el modelo resplandeciente para mi pequeña individualidad, él representaba para mí la belleza de la vida; un instinto me empujaba a considerar providencial su encanto. Nadie se le parecía: lo sabía todo y siempre tenía razón. A su lado me sentía liviana, como por encima de todo: con mi mano en la suya durante horas y horas; los dos solos caminando por la ciudad o fuera de la muralla. Él me hablaba de los abuelos, fallecidos poco después de mi nacimiento, de su infancia, de sus increíbles hazañas adolescentes y de los soldados franceses que él, con ocho años, había visto llegar a su Turín, «cuando Italia aún no existía». Un pasado así poseía cierta fantasía; y él estaba a mi lado, con su ágil y alta figura, esbelta y dinámica, con la cabeza orgullosa y erguida, y la sonrisa rebosante de juventud. En aquellos momentos el mañana me parecía estar lleno de promesas de aventuras.

Papá controlaba mis estudios y mis lecturas, sin exigirme demasiado esfuerzo. Las maestras, cuando venían a casa a vernos, lo escuchaban maravilladas y, a veces, me parecía que con una profunda deferencia. En la escuela estaba entre las primeras, y a menudo me surgía la duda de gozar de ciertos privilegios. Desde la escuela primaria, notando la diferencia en la ropa y en el almuerzo, había podido crearme un concepto de lo que debían de ser muchas familias de mis compañeras: familias de obreros afligidos por el cansancio, o de vulgares comerciantes. Al volver a casa veía sobre la puerta la placa reluciente donde el nombre de mi padre estaba precedido por un título. No tenía más de cinco años cuando papá, que enseñaba ciencias en la ciudad donde yo había nacido, se despidió en un día de enfado y se asoció con un cuñado de Milán, propietario de una gran empresa comercial.

Yo entendí que no debía sentirse demasiado feliz con su nueva situación. Cuando lo veía entrar alguna tarde libre en la pequeña habitación donde estaban almacenados, un poco desordenados, algunos aparatos para experimentos de física y química, comprendía que solo allí él se sentía a gusto. ¡Cuántas cosas me iba a enseñar papá!

Sin ser impaciente, mi curiosidad le daba cierto sabor intenso a la existencia. Nunca me aburría. A menudo me negaba a acompañar a mamá a hacer alguna visita y me quedaba en casa, arrellanada en una gran butaca, leyendo los libros más disparatados, a veces incomprensibles para mí, algunos de los cuales me proporcionaban una especie de embriaguez para la imaginación y me abstraían completamente de mí misma. Si me detenía era para ordenar pensamientos confusos; y a veces lo hacía en voz baja, como escandiendo los versos que una voz interior me sugería. Enrojecía; cómo enrojecía con ciertas poses lánguidas que adoptaba en la misma butaca, cuando por un momento, fantaseando, me metía en la piel de una bella dama llena de encantos. ¿Podía distinguir entre afectación y espontaneidad? Mi padre juzgaba con una indiferencia un poco desdeñosa toda manifestación de pura poesía, decía que no la entendía. Mamá sí repetía de vez en cuando alguna estrofa dulce y nostálgica, o declamaba con voz enfática el principio de viejas romanzas; pero siempre cuando no estaba papá. Y yo siempre estaba dispuesta a creer que mi padre tenía más razón que ella.

Eso incluso cuando él entraba en una de esas crisis de cólera que nos hacían temblar a todos y que me sumían en un estado de angustia breve, pero indescriptible. Mamá reprimía las lágrimas, se refugiaba en la habitación. A menudo, ante papá, ella tenía una expresión de humillación, ligeramente sobrecogedora; y no solo para mí, sino también para los niños, toda la idea de autoridad se concentraba en la figura paterna.

Sin embargo, no se producían grandes discusiones entre ellos en nuestra presencia: alguna palabra áspera, algún reproche seco, alguna orden tajante. A veces papá se dejaba llevar por su temperamento fogoso debido a alguna torpeza del servicio; o por algún capricho nuestro; pero de todo aparecía como responsable mamá, que agachaba la cabeza como si de repente un gran cansancio le hubiera sobrevenido; o sonreía, con una sonrisa que yo no podía aguantar, porque deformaba la bonita boca con resignación.

En ese momento, ¿tenía ella visiones del pasado?

Casi nunca evocaba su infancia o su juventud delante de mí. Sin embargo, a pesar de lo poco que había escuchado, había podido crearme una imagen bastante menos interesante de la que despertaban los recuerdos de mi padre. Ella había nacido en un ambiente muy modesto de trabajadores y, como mi abuela paterna, su madre había tenido muchos hijos, que en su mayoría vivían esparcidos por el mundo. Debía de haber crecido entre estrecheces, poco amada. Cenicienta de la casa. A los veinte años, en un baile, se había encontrado con papá. Ella mostraba el retrato del joven imberbe que era mi padre entonces: rasgos aún de adolescente, dulces y regulares. Él estaba en el penúltimo año de la universidad. Nada más terminar la carrera, obtuvo una cátedra y se casaron.

Cuando yo nací, aún no había pasado un año desde el día de su matrimonio. A mamá se le iluminaba la cara blanca y pura las raras veces que mencionaba los dos cuartitos con muebles de alquiler de los primeros meses de vida conyugal. ¿Por qué no estaba siempre así de animada? ¿Por qué era tan propensa al llanto, mientras que mi padre no podía soportar la visión de las lágrimas? ¿Por qué, en las contadas ocasiones en las que se atrevía a expresar sus opiniones, estas diferían tantos de las de él? Además, ¿por qué nosotros, sus hijos, la temíamos tan poco y apenas la obedecíamos?

Al igual que papá, también ella cedía de vez en cuando a los momentos de cólera; pero entonces parecía que rompiese en sollozos contenidos durante demasiado tiempo... Yo tenía la sensación de que el desahogo incluso excesivo de mi padre era siempre natural, inherente a su temperamento; en mamá, por el contrario, los pronto de malhumor contra sus hijos o contra las sirvientas contrastaban dolorosamente con su dulce naturaleza; se revelaban como ataques espasmódicos de los que ella tomaba inmediatamente consciencia y que le creaban remordimientos.

¡Cuántas veces vi brillar por culpa de una lágrima contenida los bellos, profundos y oscuros ojos de mi madre! Crecía en mí un malestar incontrolable, que no era piedad, ni dolor, ni siquiera una humillación real, más bien un oscuro rencor contra la imposibilidad de reaccionar, de hacer que no sucediera lo que sucedía. ¿El qué? No estaba segura. A los ocho años tenía como el extraño miedo de no tener una mamá «verdadera», una de esas mamás, decían mis libros de lectura, que transmiten a sus hijas, con su amor, una alegría excepcional y la certeza de la protección constante. Dos, tres años después, a este miedo se le unió la conciencia de no conseguir querer a mi madre como mi corazón hubiera deseado. Claro, esto era lo que me impedía adivinar la verdadera razón por la que en nuestra casa se proyectaba perennemente una sombra indefinible que impedía, muy a menudo, el libre florecimiento de una sonrisa. ¡Oh!, poder lanzarme por una vez a su cuello con total abandono, sentirme comprendida por ella, también prometerle mi apoyo cuando fuera mayor; establecer un pacto de ternura como había hecho de forma tácita con papá desde tiempo inmemorable.

Ella me admiraba en silencio, proyectaba en mí un poco del orgullo que ya había sentido ante la intrépida energía de su marido. Pero no aprobaba el método de educación que yo seguía con tanto fervor; temía por mí, imaginando seguramente que

crecería sin sentimientos, que estaría destinada a vivir solo del cerebro; y no tenía el valor de contrastar abiertamente la relación que yo mantenía con papá.

Pero tampoco papá intentaba conocerme del todo. Algunas veces me sentía realmente sola. Me envolvía entonces uno de esos letargos meditativos que constituían el secreto valor de mi existencia.

Despertaba el pudor en mi alma. Junto a él, paralela a la vida exterior, una vida oculta a todos se avivaba. Y yo veía este dualismo. Desde el primer año de escuela me había preocupado la existencia de dos aspectos diversos en mi ser: en la escuela todos me consideraban angelical y, de hecho, yo era buena y ejemplar, con una carita tranquila donde no faltaba una sonrisa tímida y vivaz a la vez; nada más salir, en la calle parecía que me tragara todo el aire de mi alrededor, poniéndome a dar saltos, a hablar a borbotones; y en casa, conmigo entraba el terremoto, mis hermanos pequeños dejaban sus plácidos juegos preparados para mis órdenes de autócrata testaruda. Llegada la hora de preparar los deberes o las clases, me retiraba a mi habitación o a un rincón del jardín, y otra vez no existía para los demás; otra vez enganchada al gusto del esfuerzo intelectual, aun sin el afán por imitar a mis compañeras o por merecer algún premio. Luego, por la tarde, después de que mamá me hubiera hecho recitarle en nuestro querido dialecto un par de palabras como oración («Señor, haz que crezca y sea buena, para gozo de mis padres»), y de dejarme en la oscuridad de la cama donde mi hermana ya dormía, yo notaba una sensación de descanso, de bienestar, no solo físico; como si en aquel momento, obligada a la oscuridad, al silencio y a la inmovilidad, fuera mucho más libre que durante todo el día.

Me gustaba observar las tinieblas. No tenía miedo porque papá me había asegurado desde pequeña que los ogros y las brujas de

los cuentos nunca habían existido, al igual que no había existido nunca el «diablo». Repasaba mentalmente los pequeños acontecimientos del día: volvía a ver la sonrisa seductora de papá; un gesto de desaliento de las manos maternas; volvía a sentir cierta rabia por algunas cazarreñas de mis hermanos menores; y me entretenía bastante con las perspectivas del mañana: el resultado de los exámenes, pequeños viajes, libros y juguetes nuevos, amigas y maestras que conquistar...

Mamá me hacía rezar todos los días. Rezar a Dios...

Un día, en segundo de primaria, oí dirigir con desprecio el apelativo «hebreo» a una pequeña compañera, silenciosa y pálida, que estaba sentada en el banco de al lado. Ella se puso a llorar, y la maestra, sabiendo el porqué, habló con severidad. Todo ello me llenó de estupor, ya que aún no sabía nada de razas o de religiones diversas. Pero me sorprendió aún más una palabra de la maestra: ella había dicho que todas las religiones llevan al hombre ante Dios y que, por eso, eran dignas de respeto; que solo un ser suscitaba asco y piedad a la vez: el «ateo». Entonces, me acordé de mi padre. Él era ateo, estaba muy segura de ello; él mismo había pronunciado esa palabra alguna vez; no iba nunca a la iglesia... Entonces, mi padre, para la maestra, para mis compañeras y para toda la gente, ¿era una criatura despreciable?

Tres o cuatro años después, sola en mi habitación, aún me hacía esta pregunta. Entonces papá me hablaba más a menudo de la que él consideraba una mentira secular, me decía que, antes de los hombres, en la tierra había animales muy parecidos a nosotros, que antes de ellos y de las plantas la tierra estaba desierta, y que esta tierra es un pequeño punto en el espacio, al igual que a nosotros nos lo parecen las estrellas en el cielo, y para las estrellas otros mundos, quizá con vida... Él decía estas cosas extraordinarias con tanta naturalidad que no podía ponerlas en duda.

Sin embargo, no me explicó —ni yo me atreví nunca a preguntárselo— por qué estamos nosotros en este mundo. Desde este punto de vista, el catequismo de la escuela quizá era más satisfactorio: Dios nos ha creado, Dios nos mira desde arriba, Dios, si somos buenos, nos permitirá entrar en el Paraíso... La vida no es más que un camino.

¡Pero cuánta importancia le daban todos a este camino! Me parecía que nadie pensaba en serio en el infierno y que, al contrario, todos tenían miedo de hacerse daño, de enfermarse, o de morir. En cuanto a mí, estaba dispuesta a creer, al igual que papá, que el infierno no existía: nunca sentí ángel o diablo tentador alguno sobre mis hombros. Cuando era sensata, era porque yo lo quería; cuando tenía remordimientos, estaba convencida de que había sido yo la culpable. ¿Y entonces? Mamá, papá, las maestras, los trabajadores por la calle, todos en general, también los grandes señores... quien gana dinero y quien lo gasta: se gasta dinero en comida, se come para no morir, y así mañana y tarde, y pasan las semanas, los meses, los años, y se muere, y yo y mis hermanitos íbamos a hacer lo mismo...

Eso me molestaba. El sueño estaba a punto de alcanzarme y yo lo notaba: a la mañana siguiente iba a continuar con la inútil meditación. ¡Saber, saber! Durante el duermevela se me apelo-tonaban en el cerebro palabras llenas de misterio: «eternidad», «progreso», «universo», «conciencia»... Me bailaban al oído hasta que dejaba de escucharlas. Entonces, volvía a ver la expresión dura de alguna maestra, y me preguntaba si mamá iba los domingos a misa por convencimiento o por algún extraño temor a la gente. Yo recordaba la primera, y única vez, que había asistido a un sermón, en el mes de mayo, una tarde en la que el altar, en una gran iglesia, brillaba entre los cirios y los lirios. Desde el púlpito el cura movía un brazo con un gesto amplio y la voz imperiosa descendía sobre la muchedumbre arrodillada: narraba



los milagros de un santo y parecía que todos le creyesen. Al final, el órgano empezó a sonar y desde arriba, invisible, un coro, una pura ola plateada, entonó los laudes... Siempre, ante ese recuerdo, algo en mí temblaba como en aquella ocasión: me asaltaban de repente la tristeza de no saber rezar ni cantar y, mucho más fuerte, el sentido de mi soledad.

Después, todo se desvanecía. ¿Para qué apenarme? Era pequeña, pero no quería ser engañada. Debía crecer: algún día, sabría.

Mi hermana pequeña, a mi lado, respiraba tranquila. Quizá soñaba con una casa de cristal para su muñeca, una casa que yo le había prometido una vez para que me dejara más espacio en nuestra cama. ¡No estaba segura de ninguna manera de poder cumplir la promesa! Pero... ¡cuando fuera mayor! Entonces también querría más a las niñas y a mi hermano, no les haría llorar y vería a mamá contenta al fin...

Ahora había que dormir. Tenía la cabeza un poco cansada. Por un momento, deseaba que me transportaran de un soplido a una de esas verdes laderas que eran mi delicia durante el verano en el campo. Se oían desde lejos, me llamaban muchas campanillas...